

que todo será, en la grey del Señor, tribulación y llanto, tentación y batalla; y, por último, que todos sucumbirían, si el brazo del Dios fuerte no encadenara á los monstruos.

Toda mi doctrina está aquí: el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal. Aquí está la condenación de todos los sistemas progresistas y perfeccionistas con que los modernos filósofos, embaucadores de profesión, han intentado adormecer á los pueblos, esos niños inmortales.

Y no se me diga que estamos lejos del fin: porque esto, ¿quién lo podrá decir, y quién lo sabe? Lo que yo sé es que esos grandes crecimientos del mal no pueden realizarse sino de dos maneras: ó de súbito y por un milagro, ó progresiva y lentamente, según la ley natural de las causas y de los efectos. La primera manera es imposible; porque de ella resultaría que el mal viene de Dios y no de la libertad del hombre; y, por consiguiente, que Dios es el mal, y que Dios es el diablo, según la blasfemia *proudhoniana*. Si es imposible aceptar la primera manera, aceptar la segunda es una cosa inevitable. Ahora bien (y aquí llamo la atención de Uds.); es necesario suponer que el mal viene desarrollándose y creciendo muy de antiguo y de muy lejos: de donde se sigue que para demostrarme que mis observaciones no tienen aplicación á la época presente, no basta la demostración imposible de que estamos lejos del fin, sino que es necesario, sobre esa otra más imposible: la de que estamos lejos del principio.

Por lo demás; yo no doy esta última razón sino por lo que vale en calidad de una razón subsidiaria. El último día, vecino de la eternidad, sólo el que es eterno le conoce y le sabe. Fuera de él, todos le ignoran en el cielo y en la tierra. Pero no sería prudente olvidar que va ya para seis mil años que el género humano peregrina por el mundo; que su frente, bañada de polvo y de sudor, está llena de canas; que ese período de los seis mil años es un período bíblico tremendo; que San Vicente Ferrer pasa por el ángel apocalíptico; que se han consumado

en la Europa las más grandes apostasías, que la luz evangélica ha penetrado en las más remotas regiones, que muchas de las profecías, anunciadoras del fin, se han cumplido ya sin ningún género de duda, y que las demás se irán cumpliendo.

Por lo demás, y sea de esto lo que quiera, siempre resultarán estas dos cosas, de cuanto llevamos expuesto: que el mal triunfa siempre del bien naturalmente, y que Dios triunfa siempre del mal por un acto de su voluntad soberana; que esto sucedió en el período que comienza en la creación y acaba en el diluvio; que esto sucedió en el período que comienza en el diluvio y acaba con la venida de nuestro Señor Jesucristo; y que eso mismo sucederá, según el testimonio de las Escrituras, en el período que corre y se prolonga desde la venida de nuestro Señor, como Salvador de los hombres, hasta su venida en gloria y majestad, como juez del género humano. Ahora bien: una ley que se cumple en todos, siempre y en todas partes; una ley que aparece en el principio, en el medio y en el fin de los tiempos, es una ley divina, que tiene bajo su imperio á la tierra; es una ley que preside al desarrollo de la humanidad, y que resplandece en la historia. Yo no la he inventado; la he visto. Yo no he hecho otra cosa sino mostrársela á los demás, vestida de una fórmula.

Como se ve, el catolicismo está muy lejos de considerar la vida social y la vida humana por un prisma de ricos y abri-llantados colores. Consiste esto en que á sus ojos la vida es una expiación, y la tierra un valle de lágrimas. Lo que se llama mal entre los hombres, y lo que lo es en realidad, considerándolo en su origen, que es el pecado, se convierte en bien en la mano de Dios por sus efectos; como quiera que, ahora sirva de castigo, ahora de expiación, es siempre un instrumento, en los réprobos de su justicia, en los santos de su misericordia.

Estos dos puntos de vista, el divino y el humano, sirven para explicar la pasmosa contradicción que se advierte entre los juicios y las palabras de nuestro Señor, y los juicios y las palabras de los hombres. “¡Bienaventurados los que lloran!”,



decía el Salvador desde la montaña. ¿Y á quién se lo decía? Decíasele al mundo, que tuvo siempre las lágrimas por señal de desventura. “¡Bienaventurados los pobres de espíritu!” Esto decía á las gentes, y á los pueblos, y á las naciones, ocupadas perpetuamente en deificar la soberbia. Los perseguidos injustamente eran para el mundo asunto de compasión; y llamándolos *bienaventurados* en presencia del mundo, los hizo dignos de envidia. El mundo había elegido á la Cruz por símbolo de infamia; el Señor la escogió por símbolo de victoria. El mundo llamaba grandes á los soberbios; el Señor llamó grande á los humildes. El mundo santificaba los placeres; el Señor santificó las tribulaciones. Por eso, al tiempo de expirar, y siendo el Señor absoluto de todas las cosas, no halló en las arcas de la eternidad, para dar en herencia á su santísima Madre y á sus Apóstoles santos, joyas de más alto precio que la Cruz, las lágrimas y el martirio.

Sí, la vida es una expiación; la tierra un valle de lágrimas. De nada sirve revelarse contra la Providencia, contra la razón y contra la historia. Si no queréis alzar la vista á los cielos, poneda en la cuna del niño sin pecado; allí, como en todas partes, leeréis una lección que es terrible. ¿Veis aquel niño que acaba de nacer, que no tiene voluntad, que no tiene entendimiento, que no tiene fuerzas, que nada puede, que nada sabe, que nada tiene? Pues en su extrema flaqueza, y en su extrema ignorancia sólo una cosa puede y sabe: sólo puede y sabe llorar: sólo para derramar lágrimas no necesita maestro. *Et nunc intelligite.*

Mis opiniones—se dice—son contrarias á la Filosofía y á la razón<sup>1</sup>.—Y yo pregunto: ¿á cuál razón y á cual Filosofía son mis opiniones contrarias? Porque la razón, tal como ha salido de las manos de Dios, y la Filosofía, tal como ha salido de la Reli-

<sup>1</sup> No se olvide que ya antes de que escribiera Donoso Cortés estas líneas, el tradicionalismo, es decir, una reacción excesiva contra el racionalismo, había penetrado y oscurecido muchas inteligencias católicas y nobilísimas como la suya; no es, pues, maravilla que parezcan en ellas algunas como sombras de este equivocado sistema.—  
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

gión católica, que es su Madre, son para mí cosas venerables y santas. Si por razón se entiende la facultad que ha dado Dios al hombre de recibir y comprender lo que le revela, y de sacar consecuencias provechosas para la vida y para la sociedad, de lo que le ha sido revelado, yo acato y venero, como una de las obras maestras de Dios, á la razón humana. Si por razón se entiende la facultad de inventar la verdad, ó la de descubrir aquellas verdades fundamentales que son madres de todas las otras, sin el auxilio de la revelación divina, entonces, no solamente no la venero y no la acato, sino que la niego resueltamente. Sus adoradores adoran una sombra, menos que una sombra real, una sombra soñada. Entre las ideas fundamentales de todas las ciencias y la razón, hay la misma relación que entre los objetos exteriores y la pupila del ojo; su relación no es una relación de *causalidad*, sino una relación de *coexistencia*.

Si por Filosofía se entiende la ciencia que consiste en reducir á sistema y á método las verdades fundamentales de este ó de aquel género que nos han sido reveladas; en ordenarlas entre sí de manera que formen un armónico y luminoso conjunto; en señalar las relaciones en que están las unas con respecto á las otras, y en sacar de su fecundísimo seno otras verdades secundarias que pueden servir de enseñanza á la sociedad y al hombre, acato y venero la Filosofía, como una cosa que honra y enaltece al género humano. Esto fué la Filosofía en manos de los doctores católicos; eso fué en manos de San Agustín, á quien nadie excede, ni quizá iguala, en lo agudo, en lo sagaz, en lo penetrante del ingenio; eso fué en manos de Santo Tomás, que en ingenio sólido, vasto y profundo no tiene competidores. No era por cierto esta clase de Filosofía la que yo tenía en mi mente cuando condenaba la Filosofía en mis cartas. Pero si por Filosofía se entiende la ciencia que consiste en conocer á Dios sin el auxilio de Dios, al hombre sin el auxilio del que le ha formado, y á la sociedad sin el auxilio del que calladamente la gobierna; si por Filosofía se entiende la ciencia



que consiste en una triple creación, la creación divina, la creación social y la creación humana, yo niego resueltamente esa creación, esa ciencia y esa filosofía. Eso y no otra cosa es lo que niego: lo cual quiere decir que niego todos los sistemas racionalistas, los cuales descansan en este principio absurdo, á saber; que la razón es independiente de Dios, y es competente para todo <sup>1</sup>.

Si se me preguntase mi opinión particular sobre el eclecticismo, diría que el eclecticismo no existe. No existe: lo primero, porque si consiste en escoger ciegamente ciertos principios solitarios entre los varios sistemas filosóficos, el eclecticismo es lo que sería el inocente recreo del que, deshojando los poemas homéricos, echase las hojas sueltas á volar para ver el caprichoso sentido de las que se juntaban en el aire; lo segundo, porque si consiste en escoger con criterio, la filosofía no está en la elección, sino en el principio que sirve de conductor al que escoge; en cuyo caso la unidad del criterio, la unidad del principio, la unidad del conductor en el laberinto ecléctico, convierten al eclecticismo en un sistema absoluto. Hay más todavía: la tal elección no existe nunca; en el primero de estos casos, porque el que se abandona á la casualidad, no escoge; en el segundo, porque el que comienza por asentar un criterio de elección, no tiene libertad de escoger, siendo esclavo de su criterio.

Sea de esto, empero, lo que quiera, el eclecticismo no podría ser considerado en ningún caso sino como una rama pálida y deshojada del gran árbol racionalista, puesto en medio de la sociedad como aquel árbol paradisíaco que trajo al mundo la muerte. Del racionalismo han salido el *spinosismo*, el *volterrianismo*, el *kantismo*, el *hegelianismo* y el *cousinismo*, doctrinas todas de perdición, que, en el orden político, religioso y social, son para la Europa lo que en el orden físico es para el Celeste Imperio el opio de los ingleses.

<sup>1</sup> Justo me parece añadir que las sombras á que se refiere la nota anterior, el mismo Donoso las disipa con estas magníficas expresiones. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Sí; la sociedad europea se muere; sus extremidades están frías; su corazón lo estará dentro de poco. ¿Y sabéis por qué se muere? Se muere, porque está envenenada. Se muere, porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la substancia católica, y médicos empíricos la han dado por alimento la substancia racionalista. Se muere, porque así como el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no mueren solamente por el hierro, sino por toda palabra anticatólica, salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata; y esta sociedad está fundada en errores. Sabed que todo lo que tenéis por inconcuso, es falso. La fuerza vital de la verdad es tan grande, que si estuvierais en posesión de una verdad, de una sola, esa verdad podría salvaros. Pero vuestra caída es tan honda, vuestra decadencia tan radical; vuestra ceguera tan completa, vuestra desnudez tan absoluta, vuestro infortunio tan sin ejemplo, que esa sola verdad no la tenéis. Por eso, la catástrofe que ha de venir, será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad; porque no queremos hacer cristianos á nuestros hijos, y porque nosotros no somos verdaderos cristianos. No hay salvación para la sociedad; porque el espíritu católico, único espíritu de vida, no lo vivifica todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres. Torcer el curso de las cosas, en el estado que hoy tienen, no se me oculta que sería una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí sólo pueda llevarla á cabo; y apenas podría ser llevada á término dichoso si obraran con concierto todos juntos. Yo dejo al cuidado de Uds. averiguar si este concierto es posible, y hasta qué punto lo es; y decidir si, aun en el caso que sea posible, la salvación de la sociedad no sería de todos modos un verdadero milagro.



Tiempo es ya de poner término á esta carta, que roba á ustedes el espacio que necesitan para ventilar otras cuestiones. Al concluir, me permitirán Uds. que haga una observación importante. De todas las potestades nacidas de la nueva organización de las sociedades europeas, ninguna es tan colosal, tan exorbitante, como la potestad concedida á todos de poner su palabra en los oídos del pueblo. Las sociedades modernas han conferido á todos la potestad de ser periodistas; y á los que lo son, el tremendo encargo de enseñar á las gentes que Jesucristo confió á sus Apóstoles. No me toca á mí pronunciar un fallo en este momento sobre esta institución; cúpleme sólo señalar á Uds. su grandeza; la profesión de Uds. es á la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia. El instrumento que manejan Uds., puede serlo de salvación ó de muerte. La palabra es más cortante que la espada, más pronta que el rayo, más destructora que la guerra. Ministros de la palabra social, no olviden Uds. nunca que la responsabilidad más terrible acompaña siempre á ese terrible ministerio; que no hay sino en la eternidad penas bastantes para castigar á los que ponen la palabra, ese don divino, al servicio del error; así como no hay galardones bastantes sino en la eternidad para los que consagran su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres.

En la seguridad de que Uds. son de los últimos; tiene la honra de saludarles su amigo y servidor Q. B. SS. MM.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

## DISCURSO

SOBRE

### LA SITUACIÓN GENERAL DE EUROPA,

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 30 DE ENERO DE 1850,

AL DISCUTIRSE EL PROYECTO DE AUTORIZACIÓN AL GOBIERNO PARA PLANTEAR  
LOS PRESUPUESTOS DE AQUEL AÑO.